

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 17 **LOS FALSIFICADORES** 15 cts.



¿Dónde vas? ¿Por qué corrias? ¿Tienes miedo?

LOS FALSIFICADORES

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cines», Via Layetana, 53. - Barcelona)

I

TANTA prisa tenía aquella espléndida y hermosa mañana de primavera la no menos espléndida y hermosa Norma Grey, tan acelerado era su airoso y gentil andar, que al volver una esquina de la pequeña ciudad, cerca de la estación donde esperaba el tren que en breve había de llevarla a ella hacia el Oeste, no pudo evitar un encontronazo con una arrogante figura de hombre que avanzaba en dirección contraria.

El maletín y unos paquetes de que era portadora la bellísima viajera cayeron al suelo, en tanto que la poderosa y varonil humanidad del peatón exclamaba:

—¡Perdón, señorita!

Al mismo tiempo apresuróse a recoger los mencionados objetos y entregarlos a su guapa y seductora propietaria.

El lindo rostro de Norma expresaba cierto disgusto. El corto intervalo de tiempo que le había perdido aquel casual incidente quizás no la permitiese regresar al lejano rancho donde, al lado de su querida madre, llevaba una existencia llena de placeres y sosiego, de dulzura y encanto...

Y aunque sólo hacía cuatro días que se separara de la bondadosa y venerada mujer que la diera el ser, a ella se le antojaba que había transcurrido Dios sabe cuánto tiempo desde que cambiaron las dos los en-

ternecedores y efusivos besos y abrazos de despedida.

Inconscientemente, la encantadora muchacha pateó con su pequeño pie el suelo, revelando así su enojo y su impaciencia.

—¡Perdón, señorita! — volvió a decir el hombre con quien tropezara Norma en su precipitada marcha—. Y a sus órdenes.

Entonces se fijaron los claros, grandes y serios ojos de aquella maravillosa criatura en el hombre que de un modo tan humilde, afable y cortés se excusaba.

Hubo de levantar algo su preciosa cabeza para darse cuenta de que la fisonomía del caballero que tenía delante era indiscutiblemente de varonil belleza, advirtiéndole también que su fuerte y atlética figura vestía el uniforme de la policía americana.

Y nada más.

Nuestra viajera resanó su marcha con andar rápido, y el joven agente de la autoridad vió alejarse su esbelta y cimbreante figura hasta que desapareció por una de las puertas de la cercana estación.

—¡Qué criatura más hechicera y radiante! ¡No la olvidaré en mi vida!

Luego añadió, exhalando un profundo suspiro:

—¡Ni probablemente volverán mis ojos a verla otra vez!...

Aún permaneció inmóvil y pensativo unos momentos en el mismo sitio donde había tenido lugar la

fugaz escena que acabamos de relatar, cuando su atención fué solicitada por un muchacho que no contaría más de ocho años que se acercaba corriendo hacia él...

—¿Qué le ocurre a ese rapaz?— preguntó el joven policía.— ¡Parece asustado! ¡Alto, pequeño!...

El niño detóvose amedrentado y tembloroso, volviendo hacia atrás su carita pálida y espantada.

Inclinóse Jack Brandt sobre el muchacho y con acento dulce y acariciador le interrogó:

—¿Dónde vas? ¿Por qué corrías? ¿Qué te sucede? ¿Tienes miedo?

—¡Déjeme marchar! ¡No me detenga! ¡Yo no quiero volver allí!—respondió el muchacho.

—¡Allí! ¿Dónde no quieres volver, querido niño?—inquirió Jack Brandt lleno de interés, compasión y simpatía hacia el pequeño fugitivo.

—¡Al Asilo de Huérfanos!

—¡Ah! ¿No tienes papá?—interrogó el policía profundamente emocionado.

Meneó el niño la cabecita con gesto denegativo, mientras su bello rostro asumía esa expresión de suprema tristeza y aflicción peculiar de la niñez desvalida, desamparada y colorosa.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en el asilo?

—¡Ocho días! ¡Me llevaron cuando subió al cielo mi santa y buena mamá!—respondió el mísero niño, levantando al mismo tiempo su rostro anódoro al firmamento.

—¿Y tu papá cuándo falleció?

—¡No lo sé! ¡Mi pobre mamá me decía que lo asesinaron!

Estrémeciéndose levemente Brandt, cuyo noble y bondadoso corazón experimentaba el sentimiento de misericordia más intenso de su vida.

—¡Asesinado!—murmuró—. ¿Cuándo?

—¡No lo sé!—dijo la infeliz criatura—. Yo no lo conocí... ¡Mi buena mamá todavía no me había comprado!...

—¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!—balbuceó Brandt levantando en sus brazos al muchacho.— ¡Cuán cruel se ha mostrado el destino contigo! ¡Pobrecillo!—repitió—. ¡No tengas ya miedo! ¡Yo seré un buen amigo tuyo!

—¡Yo no quiero volver al asilo!

—¡No volverás! ¡Pero has de decirme por qué te has escapado de allí!

—¡Quería ir con una hermana de mi buena mamá!

—¡Yo te llevaré a su lado! ¿Dónde vive? ¿En esta ciudad?

—No.

—¿Dónde?

—¡Muy lejos! En el país de los *cow-boys*...—respondió el pequeño que se expresaba con esa agudeza que sólo se ve en los niños dotados de un inteligencia precoz, y, además, afeccionados por la desgracia.

—¡En el país de los *cow-boys*! ¡Inocente y hermoso muchacho!... ¿Cómo habrías ido tú tan lejos?

Y se dijo para sus adentros que antes se habría reunido en el seno de Dios, con la mujer que le diere la vida, que ver realizado por su solo esfuerzo, aquel absurdo anhelo.

Luego preguntó al huérfanito en voz alta:

—¿Sabes al menos dónde reside la hermana de tu pobre mamá?

—¡Sí, señor!

—¿Dónde?

El niño no contestó.

—¿No te acuerdas ahora?—insistió el policía, atribuyendo a olvido el silencio del fugitivo.



—¡Al malhechor lo mataré como a un coyote!

—¡Sí que me acuerdo!

—¿Por qué, pues, no me lo dices?

—¿Es verdad, señor que querrá usted llevarme al rancho donde vive mi buena tía?—inquirió a su vez el huermanito, fijando sus hermosos e inocentes ojos en Brandt.

—¡Ya lo creo! ¡Sí, pobre niño, es verdad!

Entonces sacóse aquél de un bolsillo interior un papel y entregádoselo a su protector, dijo:

—¡Es una carta de mi santa y dulce mamá!

Brandt desdobló la misiva, leyendo las siguientes líneas:

«Elena, hermana del alma: Te he escrito estas líneas presintiendo para mi pobre y dolorosa vida un fin cercano.

«Me reuniré allá arriba con mi adorado James. Siete años hace que lo perdí... siete eternos y horribles años se han cumplido estos días que me lo mataron en Europa... ¡La guerra maldita me separó de él para siempre! Lo que yo he sufrido... lo que yo he llorado, hermana

de mi corazón, en esos años, solamente Dios lo sabe...

«Ahora la muerte me librará de la insupportable carga que para mí era la vida. Y moriré con el alma radiante de júbilo si en el viaje a la eternidad pudiera acompañarme el ser que nació en mis entrañas.

«¡Pobre hijita, pobre ángel! Sé para él, Elena, si Dios me llama a tu gloria, lo que fuiste para mí, una madre... Quiero y cobdo y protégelo de modo que recuerde mi amor, mis cuidados y mis caricias y desvelos.

«Adiós, Elena. La enfermedad que ha destruido mi vida se ha agravado tan repentinamente que no sé si mi mano podrá trazar otras líneas que las que te envío.

«JUANA.»

Tan dramática lectura suscitó en Brandt las suposiciones más confusas y contradictorias, reforzando, empero, su propósito de cumplir la promesa que le hiciera al huermanito.

—¿Quieres que guarde yo esta carta?—le preguntó a éste.

Obtenida una respuesta afirmativa, añadió:

—¡Ahora te llevaré a casa, y dentro de dos días saldremos de viaje!

II

Así ocurrió.

Tres días después Jack Brandt, llevando de la mano a su pequeño compañero de viaje, pensaba en el rancho más rico de una vasta región situada en el Estado de Nuevo México...

La aparición de los inesperados viajeros, o mejor dicho, la presen-

cia del arrogante agente de la autoridad, con su pañero y vistoso uniforme, suscitó en cuantos lo veían un profundo interés.

Nuestro héroe acercóse a un grupo de hombres que se hallaban conversando cerca del porche del edificio, y les preguntó:

—¿Quieren ustedes llevarme a presencia de la señora Elena, la propietaria de este rancho?

—¡Allí tiene usted a su hijo!— le respondió uno de aquéllos.

Volvió la cabeza Brandt y hubo de menester un gran esfuerzo de voluntad para reprimir el grito de alegría que le subía a los labios.

Sus ojos, agrandados por el asombro, estaban viendo y admirando a la bellísima y seductora criatura que tan profunda impresión dejara en su ánimo, allá en una lejana ciudad del Este, tres días antes... y por volver a contemplar la cual habría atravesado sin vacilar el mismo infierno.

El estupor de Norma no era menos intenso que el de su vohememente admirador.

—¡Señorita — dijo Brandt—, el destino es quien nos depara este nuevo encuentro!

—¿El destino?—murmuró la dulce voz de Norma.

—¡Sí, señorita!

—¿Luego no sabía, no ha averiguado usted que yo vivía aquí?

—No, señorita; ni remotamente. ¿Cómo podía yo imaginar que al hacer tan largo viaje cumpliendo un deber de humanidad, me esperase al final del mismo una sorpresa tan grata?

—¡No lo entiendo a usted muy bien!—repuso Norma cuyas mejillas se ruborizaron ligeramente—.

¿Su viaje a esta morada obedece a un deber humanitario?



—¡Tengo el deber de detenerla a usted y lo cumpla!

—¡Exactamente!

Siguió a esta respuesta un corto silencio.

Brandt, que tenía cogido por una mano al huerfanito, preguntó:

—¿No conoce usted a este precioso niño?

Los dulces y acariciadores ojos de Norma envolvieron al muchacho en una mirada de afecto.

—¡No; ésta es la primera vez que lo veo!

—Y, sin embargo, es pariente de usted...

—¿Es posible?

—Es absolutamente cierto... Este niño es un mísero huerfanito... La desgraciada mujer que le dió el ser se llamaba Juana...

—¡Tía Juana... la hermana de mamá!—exclamó Norma, y abalanzándose sobre el muchacho, lo estrechó en sus brazos y comenzó a cubrir de besos sus guapas facciones.

—¡Precioso, tesoro! ¡Ah, qué primito más lindo! ¡Te voy a querer mucho, querubén! Pero... ¿por qué no ha venido contigo la mamá?

—Señorita, la infeliz hermana de su madre emprendió un largo viaje—

—¿Adónde?

Brand, por toda respuesta, señaló el cielo con la diestra.

—¡Reina y madre de misericordia! ¡Muerta! — exclamó con voz sollozante Norma—. ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¡Pobre ángel!

Durante unos momentos la piadosa criatura dio rienda suelta a su dolor llorando con intensa aflicción.

Luego, cuando las lágrimas mitigaron algo su hondo pesar, cesó en brazos al huertanito, invitando al viajero:

—Sígueme usted! Le presentaré a mamá.

III

—¿Antes de seis meses el forastero será el amo del rancho?

—Si yo no estuyera aquí para impedirlo, tal vez acertases, Gordon? — respondió a la anterior afirmación un hombre de unos treinta años, en cuya fisonomía no exenta de cierta bebería varonil, los ojos relampagueaban con ira.

—En tal caso, no he dicho nada: rectifiqué aquél— ¡Pero te aconsejo que te des prisa, pues si te confías con exceso, si te descuidas demasiado, podría ocurrir que ese gallardo mozo te tomase la delantera!...

—Nuestra joven y hermosa dueña bebe los vientos por él!

—¡Calla! — le interrumpió con voz entroncescida de rabia su interlocutor—. ¡No me hagas pensar en lo que no quiero!... ¡Fuego del infierno!... Antes verán tus ojos brillar dos soles en el cielo del Oeste que a la guapa y seductora Norma

casaría con ese polizón. ¡Antes se juntarán cielo y tierra! ¡Antes se convertirá en un florido vergel el desierto árido y polvoriento!

—¡Antes se quedará mi corazón quieto como una piedra y enfriarse mi cuerpo, Gordon?

—¡A Norma la quiero yo y será mía! ¡Solamente mía! ¡Y ay del hombre que me la dispute y me la quiera arrebatarse! ¡A ese lo perseguiré hasta la muerte con un odio feroz e implacable!

Los dos hombres que sostenían esta conversación se hallaban sentados en el declive de una pequeña loma, junto a unos mezquites, a un par de millas del rancho de la encantadora Norma.

Hacia ya más de una hora que había anochecido y la escasa luz que enviaban a la tierra las estrellas que esmaltaban el firmamento no era bastante para disipar las densas tinieblas.

De la lejanía las ondas de la brisa llevaban a sus oídos los aullidos de los coyotes.

—¿Cuánto tarda en venir nuestro compadre Milles? ¿No te parece, Roberts, algo alarmante su tardanza?

—No. Milles es más astuto que un zorro y me inspira una confianza ciega. Lo mismo que tú...

—Sin embargo, una torpeza, un descuido, lo tiene cualquiera.

—¿Oyes?—exclamó de pronto extendiendo la mano en la dirección en que se percibía el acelerado galopar de un jinete—. Sin duda es nuestro amigo. Espérate aquí. Voy a salir a su encuentro, no sea cosa que se le ocurra ir hasta el rancho creyendo hallarme allí.

Uniendo la acción a la palabra, Roberts se alejó, y bajando corriendo el declive que lo separaba de un

asustado y abrupto sendero que se prolongaba hasta la entrada de un destiadero, sus ojos de lince divisaron en seguida la figura de un jinete.

— ¡Es él! murmuró.

Unos momentos después, el nocturno viajero detenia su montura y echaba pie a tierra, diciendo con voz jadeante:

— ¡Ya estoy aquí!

— ¿Sin novedad?

— ¡Medio reventado de fatiga! ¡Lo mismo que mi pobre caballo!

Era verdad. El hombre y el animal estaban cubiertos de sudor, con todas las señales de la extenuadora fatiga que origina una rápida y larga marcha.

— ¿Traes eso?— inquirió Roberts.

— Sí!

— ¡Mucho?

— ¡Veinte mil dólares en billetes de varias clases! ¡Una fortuna!

— ¡Cierto! — corroboró Roberts con la faz resplandeciente de alegría, malicia y avaricia—. ¡Una gran fortuna en billetes falsos que pronto convertiremos en oro hermoso y reluciente! ¿Dónde traes ese tesoro?

El recién llegado cortó con el cuchillo un paquete sujeto a la silla con un bramante, entregándoselo a Roberts.

Esto le ordenó en seguida:

— ¡Regresa al rancho, Miles! ¡Yo voy a esconder esta riqueza en sitio seguro! ¡Dentro de una hora podremos hablar del asunto!

Esto diciendo y dando con la diestra unas amistosas palmadas en el hombro de su compadre, añadió:

— ¡Hasta pronto, amigo! ¡Gordon me espera!

— ¡Y el policía? ¿Se ha largado ya?

— ¡No!

— ¡Malo! ¡Me parece que ese buen mozo le ha tomado demasiado apego al rancho, Roberts!

— ¡Todo se arreglará pronto y a la medida de mis deseos! — aseguró éste.

— ¡Ojalá no te equivoques! — auguró el viajero, y montando de un salto sobre el lomo de su corcel, reanadó la marcha hacia el rancho.

IV

En él prestaban servicio desde hacia algunos meses los tres hombres que presentamos a nuestros lectores.

Roberts era el capataz de la extensa y abérrima finca, desempeñando ese cargo desde el fallecimiento del honrado, leal y viejo que lo había ejercido durante más de treinta años.

Una recomendación escrita por un amigo de su difunto esposo, decidió a la madre de Norma a aceptar a Thom Roberts, de quien no conocía antecedente alguno.

Desde luego, no estaba muy contenta de la manera como cumplía sus obligaciones el nuevo capataz.

Luego de ser admitido éste cuando solamente hacía dos semanas que era capataz, entraron en el rancho Miles y Gordon.

Tanto la rica ranchera como su hija Norma sentían hacia aquellos tres hombres un recelo instintivo, una invencible desconfianza, un miedo vago e inexplicable...

Observaban en ellos algo muy distinto de lo que veían en los rudos, feos y laboriosos hijos del desierto que formaban la lección de criados del rancho...

Y, como se comprende, tanto la madre como la hija antelaban lo-



Brandt regresó aquel día de la cárcel.



Norma y Brandt recorrieron el inmenso rancho...

ner una ocasión propicia, un pretexto palpable para despedirlos...

La madre, que amaba a su hija con una ternura indecible, vivía desde hacía varias semanas obsesionada por una secreta e invencible angustia, por un miedo cada vez más miedoso...

El origen de esa angustia y ese miedo consistía en la expresión de una mirada que en cierta ocasión dirigía Roberts a su hija, hacia ella a que lo veía ella...

V

¡Cuán diferente le parecía a la señora Grey la noble y seria fac-

nomía de Brandt en comparación con la de su capataz!



—¡Ya se han marchado los hombres malos!

LOS FALSIFICADORES

Interpretada por los «ases» del Far-West

Tom Tyler

y Chispita

Pero, sobre todo, lo que tanto a la madre como en la hija produjo



La voz del sheriff declaró: —¡Estos billetes son falsos!

una admiración y un afecto tan hondos como sinceros, fué la bondad y la abnegación que demostró el arrogante y guapo huésped al declarar haber adoptado la firme decisión de ser para el desvalído huertanillo un verdadero padre si no lo querían amparar y acoger en el rancho...

Después reflexionó que para desempeñar aquella misión había solicitado de sus jefes ocho días.

—¿Que lo tendremos aquí, en nuestros dominios, a menos que usted prefiera marcharse? —observó la viuda de Grey.

—¡Muchas gracias, señora! ¡No podía usted hacerme una invita-

ción más grata y halagadora? Porque me atormentaba el deseo de vivir unos días en el Oeste, bajo cuyo cielo nací hace veintitrés años.

— ¿Cómo! ¿Es usted natural de esta comarca?

— ¡Sí, señora! Y yo, si las cosas hubieran sido como debieron ser, en vez de un agente de la policía americana, llevaría ahora la vida sana y libre de un *cow-boy*. Lo que fué mi padre, hasta que en su camino tropezó con una mujer...

— ¡No se interrumpa usted! — dijo la madre de Norma—. ¡Cuéntenos usted lo que sabe respecto de ese encuentro que tanta influencia tuvo en la vida de su padre y, por consiguiente, en el destino de usted!...

— ¿No es verdad, hija mía, que ha de ser muy interesante?

— ¡Ya lo creo! Para que un *cow-boy*, un verdadero *cow-boy*, que tanto ama a la tierra donde nació, llegue a abandonarla por el amor de una mujer... — repuso Norma.

¡Cierto! Por el amor de una mujer soberanamente hermosa, distinguida y muy superior a él, dadas las inusadas jerarquías y absurdas diferencias que las refinadas y civilizadas rentes del Este establecen, mi padre alejóse de la tierra en que nació... y fué muy desgraciado... — declaró Brandt con la voz embargada de emoción.

Aquella mujer — dijo Norma con ávida curiosidad —, quizás se burló de él y lo despreció por la humildad y rudeza de su condición, ¿no es cierto?

— Aquella mujer, aquella mujer bondadosa y santa, fué... mi madre!

— Aquella mujer amó al autor de mis días con un amor firme como una roca, fiel y eterno!

Dicho esto, pasóse el guapo mozo una mano por la frente embarrada por dolorosos recuerdos, y añadió luego:

— Si les refiriese yo mi historia, las entristecería demasiado y a mí también me harían sufrir mucho mis propias palabras...

«Porque es una historia tan triste por lo menos como la del inocente niño que he traído junto a ustedes... y para el cual, lo juro por lo más sagrado, yo estaba dispuesto a ser un padre afectuoso y protector.

«¿Para qué afligirlas? No, no! ¡No quiero dejar en la memoria de ustedes un recuerdo tan lamentable! ¡Perdóname esta resistencia mía a complacerlas! ¡No la opondría yo, ciertamente, si mi relato no hubiese de apenar tanto sus piadosos corazones!

La señora Grey y Norma se abstuviéron de insistir... Ambas estaban ya intensamente conmovidas viendo el dolor que se pintaba en el varoncil y hermoso semblante de su huésped.

Se puso en pie éste y luego de pedir permiso para recorrer el rancho a caballo y obtenerlo, miso retirarse.

Pero antes de abandonar la estancia donde tenía lugar esta conversación, Norma exclamó:

— Yo le acompañaré, pues tengo ganas de dar un buen paseo!

Unos minutos más tarde, vestida a la usanza de los *cow-boys*, pintoresco traje que la sentaba maravillosamente, Norma y Brandt recorrían el inmenso rancho, cuyas verdes pampas parecían extenderse hasta los últimos confines del mundo...

Y jamás le pareció al hijo del *cow-boy* el cielo tan bello, el sol tan

espléndido, el aire tan perfumado, los prados tan hermosos y tan majestuosas las montañas; en una palabra: jamás le pareció la naturaleza tan augusta, serena, grandiosa y magnífica como en aquella tarde de primavera.

Jamás una voz de mujer ejerció en su alma tan embriagador deleite; jamás una imagen candorosa y divina se grabó en el corazón y en el pensamiento de un hombre con trazos tan indelibles como esculpidos por un buril de fuego...

VI

¡Cuán fugaces le parecieron a Brandt aquellos ocho días, los más felices de su vida! La noche que había de preceder al de su regreso a la ciudad, Brandt deambulaba por las cercanías del edificio que servía de morada a la viuda de Grey, a su hija y a la numerosa servidumbre. Todos se habían retirado a descansar. Un silencio augusto reinaba en el rancho. Solamente, de vez en cuando, se percibía a lo lejos el lúgubre aullido de algún coyote.

Brandt se detuvo de pronto junto a unos soberbios rosales y volvió la cabeza hacia la única ventana del edificio en que brillaba una luz.

En aquel aposento se hallaba Norma, la mujer de quien Brandt habíase prendado apenas la vieron sus ojos, la mujer ideal y codiciada, la criatura que a él le parecía más bella y perfecta que saliera de las manos de Dios desde que el mundo era mundo...

La corta permanencia en aquel paraíso del Oeste había completa-

do en nuestro amigo la especie de embriajamiento que lo invalidara ocho días antes, al comienzo de esta historia... Una pasión intensa y avasalladora abrasaba su corazón.

Amaba a Norma con toda su alma, con todo el fuego, la fuerza y la energía peculiares de la raza a que pertenecía. Y, sin embargo, estaba dispuesto, dentro de unas horas, cuando el carro de la aurora venciese y ahuyentase las tinieblas de la noche, a separarse de aquella radiante y encantadora criatura sin que sus labios confesaran el secreto amor que siempre guardaría en lo más profundo de su alma.

Con los ojos clavados en aquella luz que para él significaba, en aquel momento, cuanta felicidad podía existir en toda la faz de la tierra, Brandt permaneció inmóvil unos momentos.

De improviso, una sombra se dibujó en los cristales del balcón; luego, la sombra se movió, y en seguida, abrióse aquel y la silueta gracil y estatuaria de Norma salió afuera.

Desde su observatorio, oculto entre los rosales, Brandt podía ver a la mujer de sus sueños sin ser visto, y hasta hubiera percibido, en el silencio nocturno, cuantas palabras, creyéndose sola, se le ocurriría pronunciar.

— ¡No debo dejarlo marchar! — oyó decir a una voz, cariñosa y dulce.

Brandt se estremeció.

Como centellas cruzaron por su mente varias preguntas. ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿A quién se referían? ¿A él? ¡No, no! ¡Imposible! ¡No sueñes, insensato, no abrigues desvaríos y quimeras, pobre mochuelo deslumbrado por



Doa años después, un ángel aumentaba la felicidad de Norma y de Brandt...

la mariposa que has visto volar en el lago del Sol!

Concentrada toda la energía de su ser en el oído y en los ojos, el huésped continuó escuchando y mirando.

Pero ya sólo llegaron a sus oídos unos leños y espaciados suspiros y sus ojos no vieron más que el divino rostro de Norma fijos en los blancos y lejanos astros como si esperase de ellos un consejo, o un consuelo, o un augurio.

Entonces se le ocurrió revelar su presencia, y enderezando su elevada estatura, abandonó su escondite, mostrándose en el estrecho y arenoso sendero del jardín.

Su sombra, destazándose en las tinieblas de la noche, fué vista y reconocida inmediatamente por Norma, que exclamó entre jubiloza y sorprendida:

—¿Quién va? ¿Usted, Brandt?

—Sí, señorita!

—¿Y qué hace ahí?

—Hace una noche muy hermosa y se me ha ocurrido disfrutar su encanto paseando por el jardín!

—Pero, mañana ha de marchar-

se usted apenas apunte el alba, y no va a tener tiempo de descansar — objetó Norma.

—Lo sé, señorita! Mas, ¿por qué intentar dormir unas horas sabiendo que no he de poder conciliar el sueño?—repuso Brandt con sencillez—. Esta noche, la última que estoy en su generosa y bondadosa morada, la pasaré en vela!

—¿Nos volveremos a ver pronto, Brandt?

—¿Quién sabe!

—¿Lo sé yo, Brandt! ¿Preferiría usted quedarse aquí, en nuestro rancho, Brandt... viviendo la vida de un *cow-boy*?

Tan descuidado le pilló esta pregunta al guapo y arrogante hijo del desierto, que, por completo desconcertado, no supo qué decir.

—¿Por qué no me contesta usted, Brandt?—insistió la cariñosa y melódica voz.

Brandt levantó su rostro hacia su interlocutora, y respondió con ronco acento:

—¿Señorita, esa felicidad me parece inaccesible... sobrehumana! Vivir aquí cerca de...

Interrumpióse comprendiendo, temeroso, que sus labios iban a revelar lo que su voluntad se obstinaba en callar.

Pero Norma exclamó gozosa:

—¡Brandt, usted no se marchará! ¡Usted permanecerá a nuestro lado...! ¡Usted será el *cow-boy* que yo quiera, no es verdad?

—¡Sí, señorita! ¡Seré lo que usted quiera — respondió aquél con acento trémulo de gozo y de emoción—: haré lo que a usted le plazca!...

—¿Mañana hablaremos, Brandt?

—Ah! ¿Quién hay ahí?—añadió la hermosa y radiante criatura con voz sobresaltada.

—¿Dónde?

La blanca mano de Norma se extendió en cierta dirección.

—Por aquella esquina alguien ha asustado su rostro pálido y fúrpido! ¡Un rostro espantoso!

Brandt echó a correr hacia el mencionado sitio; pero no encontró ya a nadie, ni descubrió ser alguno en ninguna parte.

Un instante después, cuando se halló de nuevo debajo del balcón de Norma, preguntó:

—¿Está usted segura, señorita, de haber visto una cara de hombre?

—Sí, absolutamente segura.

—¿Una cara que le es desconocida, por supuesto?

—No lo sé, Brandt! ¡Lo que vi fue un rostro acerbó, irritado, asustador! ¡Sin duda alguien nos escuchaba y espía, y lo que hablábamos no le era nada agradable!

—¡Tranquílcese, señorita! ¡Nada tema! ¡Yo estaré cerca de su persona, vigilante y alerta! ¡La ha amenazado en alguna ocasión algún peligro?

—¡Sí, por cierto!

—¿Cuándo?

—Hace unos meses! ¡Aún no nos había dejado nuestro antiguo, fiel y valeroso capataz! Se presentó en el rancho una pandilla de sinistros vagabundos, un bato de aventureros que pretendían entrar aquí a saco...

—Mi animosa mamá y yo pasamos escondidas y encerradas en un aposento, varias horas de cruel congoja, de angustiosa incertidumbre...

—Pero, gracias al cielo, aquel viejo e indomable servidor, secundado por varios de sus bravos *cow-boys*, logró alejar del rancho a aquella cuadrilla de facinorosos... ¡Dos

o tres de ellos perdieron la vida en su execrable aventura!

—¡Recordando tan terrible trance, me he asustado al ver ahora, aquel espantoso rostro!

—¡Nada tema usted, señorita!—replicó Brandt con acento sereno y sin vestigio de jactancia—. Si entonces contaba usted con el leal y valiente capataz, ahora cuenta conmigo. ¡Y yo le juro que quien se atreva a amenazarla a usted es hombre muerto!

—Sea usted prudente, amigo mío—recomendó Norma—, y no arrostre usted el peligro, si se presenta, demasiado arriesgada y temerariamente. ¿Me lo promete?

—¡Le prometo volar por su seguridad y reposo, señorita!—respondió Brandt—. ¡Y, con su permiso, ahora mismo voy a desempeñar mi deber!

Pronunciadas estas palabras alzóse, desapareciendo tras una esquina del edificio.

Norma se retiró al interior; un pánico desconocido hasta entonces llenaba su alma, adquiriendo pleno predominio sobre los diversos sentimientos que en ella batallaban...

Esos sentimientos se llamaban orgullo, recelo y desdén hacia el hombre, de tan humilde condición, que acababa de despedirse de ella... Por fin, lo juzgaba digno de ella... digno de su amor. La adoración, la intensa idolatría que ella sorprendiera en sus miradas en aquellos días, ya no la causaba humillación ni menosprecio...

VII

En vano recorrió Brandt, durante las largas horas de aquella noche

tan memorable y decisiva en su modesta vida, una gran extensión del rancho, anhelando hallar huellas de gente intrusa y peligrosa.

Sus avizores ojos no descubrieron el más leve rastro sospechoso.

Y, sin embargo, en la sombra, el silencio y el misterio del reino de la noche, el odio llevaba a cabo su obra funesta.

El rostro crispado de cólera, en el que los ojos rebrillaban como ascuas, que tanto sobresalto produjeron a la hermosa Norma, pertenecía al capataz Roberts.

Regresaba éste con sus compadres Milles y Gordon de una francachelá que junto con una docena de *cow-boys* y aventureros habían celebrado en el *bar* de un poblado cercano.

Los tres hombres malos penetraron en el rancho sigilosamente y se disponían a cobjarse en el edificio que para ellos y los demás servidores tenían asignado, cuando llegó a sus oídos el rumor de las palabras que Norma y su guapo huésped cruzaban entre sí...

— ¡Condenación! — barbotó en voz baja Roberts—. ¿Quién habla con el *Hada de la Pampa*?

Con este halagador apodo solían nombrar los rudos *cow-boys* a la hechicera Norma.

— ¿Con quién ha de hablar? ¡Por Júpiter! ¡No lo adivinas? ¡Pues está hablando con el guapo forastero! — replicó Gordon.

— ¡Y a la luz de las estrellas, como diez enamorados! — añadió Milles!

— ¡Calla, si no quieres que te abraze las entrañas! — rugió Roberts.

— ¡Sería preferible que encendieras los sesos de ese hombre, tu ri-

vall! — replicó el amenazado con sorna.

— ¡Ya estaría en el infierno, si fuese lo que tú dices, majadero! ¡Mi rival! ¡Ya sabéis que he jurado aniquilar al desdichado mortal en quien se fija con amor los ojos de la mujer que ha de ser mía! ¡El forastero no morderá esta sentencia, porque se larga mañana!... ¡Váyase enhorramala y con cincuenta diablos!

«¡Esperadme en vuestro dormitorio! ¡Voy a ver lo que le dice ese mentecato a nuestra preciosa hada!

Abrascado de rabia y de odio y de celos, Roberts escuchó el diálogo que sostenían los que ya podemos llamar enamorados.

Y cuando con el rostro lívido y convulso de ira regresó junto a sus compañeros, sin que pudiese verlo Roberts; éstos comprendieron que lo que había oído no debía de haber sido nada agradable.

— ¡Ese maldito se queda en el rancho! — dijo, respondiendo a las interrogadoras miradas que sus compadres le asestaban.

— ¿De veras?

— ¡Tan cierto como os hablo!

— ¿Qué piensas hacer ahora?

— Mañana lo sabréis — repuso el capataz, quedando abismado en profundas y sombrías meditaciones.

VIII

Cuatro días después, teniendo que pasar Brandt por el cercano poblado, como sentía una sed casi insuperable, apeó a la puerta del *bar* donde tan conocido y apreciado era Roberts.

Pidió un refresco, y mitigada la sed, entregó un billete para pagar la consumición.

El dueño del establecimiento cogió el papel moneda y apenas lo vió alteró su rostro una maliciosa mueca, que el viajero no advirtió.

—¡Hola, hola!— se decía aquel un momento después viendo alejarse, jicote de un soberbio corcel, a nuestro héroe—. ¡Conque me has metido un billete falso! ¡Vaya un porrián de ciudadano!

Aquel mismo día, Brandt ya de regreso, volvió a visitar el *bar*, y por segunda vez pagó el raso con otro billete que también era falso.

—¡Ya no me cabe duda! Este pajarraco es un execrable falsificador, un perfecto bandido! ¡Avanzaré al *sherif* para que le eche el guante!

Imagínese la sorpresa que en el rancho de la viuda Grey causarían, dos días después, la llegada del *sherif* de la comarca, preguntando por un hombre cuyas señas coincidían exactamente con las de Brandt.

Este, que en aquel momento se hallaba conversando con Roberts y Gordon, bien ajeno a la infamia que habían traído éstos, al ver acercarse al *sherif* con Norma y su madre, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—La busca a usted la justicia, Brandt.

—¿A mí?— exclamó éste, encogiéndose de hombros.

—¡Sí!— respondió el *sherif*—. ¡Y sentiría tener que llevármelo a usted amarrado como a un malhechor!

—¡Bah! ¡No abrigo yo ese le-mor, *sherif*!

Este le preguntó si unos días antes había estado en el *bar* del poblado, pagando el raso hecho, en sus dos visitas, con papel moneda.

Brandt respondió afirmativamente.

—Los billetes que usted entregó son éstos— dijo el *sherif*—, es decir, falsos.

El bello rostro de Brandt palideció densamente.

—¡Imposible!

—¡Repito que estos son los billetes con que pagó usted en aquel *bar*! ¡Y ante una prueba tan evidente y acusadora, yo no debo ni siquiera escuchar sus protestas de inocencia!... Abórreselas, pues, usted, y obedezca... ¡Yo le detengo en nombre de la justicia!

—¡Y yo no me dejo detener!— rugió Brandt, en cuyo rostro apareció de pronto toda la ferocidad peculiar de la raza— ¡Oye usted, *sherif*? ¡Yo no me entrego como un culpable, como un malhechor! ¡Fuego del infierno! ¡Yo un ladrón!

* ¡Yo, falsificador!

Metióse la mano en el bolsillo del pantalón, y sacó un puñado de billetes.

—¡Los que entregué en el *bar* eran tan auténticos y buenos como éstos! ¡Exáminelos usted, *sherif*!

Y se los alargó.

En medio de un silencio impresionante, la voz del *sherif* declaró en seguida:

—¡Estos billetes son falsos!

A esta declaración hizo eco un grito desgarrador; había salido de los labios de Norma que se hubiera desplomado sin sentido a no sostenerla los amantes brazos de su madre.

—¡En nombre de la ley, queda usted detenido, Brandt!

Roberts que presenciaba esta escena, no cabía en sí de gozo. La sonrisa del ángel malo resplandecía en su semblante.

Pero su triunfo fue efímero,

Brandt no permaneció en la cárcel más que seis días, y el huérfanillo fué su salvador, descubriendo el escondite donde Roberts y sus compadres escondían lo que ellos llamaban «su tesoro».

Avisado el *sherif*, Brandt recobró la libertad. Los tres falsificadores escaparon a uña de caballo: siguió el jefe de ellos, o sea Roberts, al frente de una cuadrilla de foragidos, intentó incendiar el rancho...

Brandt, aquella noche, acabó con la vida del miserable, de un certero balazo...

Y un mes después, unía su vida con la de Norma con el lazo inseparable del matrimonio.

El huérfanillo, que asistía a la ceremonia, gritó:

—¡Viva mi protector!

—¡Soy tu padre... pobrecillo!— exclamó Brandt, abrazando y besando al niño.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

UN NOVIO CON BUENOS PUÑOS

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 488 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona